
Special issue: *Unidad Popular de Chile a los 50*

Comentario

Movimientos en diálogo

Mario Garcés Durán y Peter Winn

Mario Garcés Durán es Doctor en Historia, docente de la Universidad de Santiago de Chile y autor de *Pan, trabajo, justicia y libertad: Las luchas de los pobladores en dictadura (1973-1990)* (Santiago: LOM, 2019), *Estallido social y una Nueva Constitución para Chile* (Santiago: LOM, 2020) y *La Unidad Popular y la revolución en Chile* (Santiago: LOM, 2020). La *Unidad Popular y la revolución en Chile* (Santiago: LOM, 2020) and *Estallido Social y una Nueva Constitución para Chile* (Santiago: LOM, 2020), entre otros libros. Es también Director de la ONG ECO (Educación y Comunicaciones). Ha trabajado en programas de educación popular, memoria histórica y análisis de movimientos sociales en Chile.

Email: mario.garces@usach.cl

Peter Winn es profesor emeritus de la historia de América Latina en la Universidad de Tufts en Boston (EEUU). Winn es autor entre otros libros de *La revolución chilena* (LOM, 2013) & *Tejedores de la revolución: Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo* (LOM, 2004).

Email: pwinn2@gmail.com

Derechos de autor:

© 2021, Mario Garcés Durán y Peter Winn. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia de atribución Creative Commons (CC BY) 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es/>, que permite el uso, la distribución y la reproducción sin restricciones en cualquier medio, siempre que se acredite el autor y la fuente originales • DOI: <https://doi.org/10.14324/111.444.ra.2021.v6.1.007.es>

Traducción:

Esta es una traducción del artículo original publicado por primera vez en la revista *Radical Americas*: Garcés Durán, M., Winn, P. 'Movements in dialogue'. *Radical Americas* 6, 1 (2021): 7.

DOI: <https://doi.org/10.14324/111.444.ra.2021.v6.1.007>.

Esta traducción se proporciona acceso abierto y está disponible gratuitamente para leer y reutilizar bajo los términos de la licencia de derechos de autor.

Resumen:

En esta entrevista, los historiadores Mario Garcés Durán y Peter Winn conversan sobre la irrupción del estallido social en Santiago de Chile en octubre de 2019, su crecimiento por todo el país y sus acontecimientos más importantes. Consideraron las conexiones con el pasado y el legado de la Unidad Popular (1970-73), periodo en el cual ambos fueron protagonistas.

Palabras claves: Chile, Unidad Popular, estallido social, Salvador Allende, Augusto Pinochet, revolución

Al calor de las protestas, cabildos, asambleas territoriales, y al día siguiente de la marcha feminista del 8 de marzo de 2020, el historiador norteamericano Peter Winn se sentó a conversar en Santiago con Mario Garcés Durán, historiador en la Universidad de Santiago y Director de la ONG Educación y Comunicación (ECO), entorno a la irrupción del estallido social en octubre de 2019, su crecimiento por todo el país y sus acontecimientos más importantes. Consideraron las conexiones con el pasado y el legado de la Unidad Popular, periodo en el cual ambos fueron protagonistas. El 9 de marzo de 2020 nadie había previsto que la vida cotidiana en Chile-- y el mundo-- estaba a punto de transformarse radicalmente con la pandemia de COVID-19. Pero a partir del 18 de marzo los chilenos pasaron más de ocho meses bajo cuarentena estricta, que postergó el plebiscito planificado para abril, lo cual se llevó a cabo finalmente el 25 de octubre en plena pandemia. Al final de la entrevista original, los autores agregaron una posdata a principios de diciembre de 2020, reflexionado en torno a la victoria del pueblo el 25 de octubre en la afirmación de descartar la constitución de Pinochet de 1980.

Después del Despertar

Peter Winn (PW): Mario, quizás podemos empezar con una de las consignas más escuchadas durante las protestas sociales que estallaron en octubre de 2019: la consigna “Chile despertó.” ¿Cómo se entiende esta consigna?

Mario Garcés Durán (MG): Yo soy de la opinión que siempre están los generales después de la guerra. Pero, el que está demás en el fondo nadie previó, ni podía prever en corto plazo, un estallido de la magnitud del que tuvimos en Chile a partir de octubre. Por lo tanto, hay aquí un factor de sorpresa que es interesante de trabajarlo más porque es revelador. Lo que la ciudadanía denuncia es que vivimos en una sociedad llena de abuso, de explotación, de marginalización y donde estos problemas fundamentales no fueron escuchados por la clase política. El Estado no es sensible a la experiencia de la ciudadanía. El malestar popular, que no tenía expresión en los medios de comunicación, que no era procesado por la clase política, es vivido, desde abajo, en la experiencia social más directa, de los pobres, de los estudiantes, de los pensionados con pensiones tan bajas. En el fondo, lo que los estudiantes secundarios hacen es que gatillan ese malestar. Hay un malestar que está instalado en la sociedad. Aunque no es reconocido ni procesado, ni por los políticos, ni por los medios de comunicación y ni siquiera por los intelectuales. Vivimos en una suerte de esquizofrenia nacional. Un sector que vive bien mirándose a sí mismo, conversando sobre sí mismo y una gran mayoría de la sociedad que vive en otras esferas con otros referentes, otros lenguajes, otros códigos. Bueno eso fue lo que estalló. Yo pensé en algún momento en esa famosa metáfora de Mao Tse Tung de cuando se inicia la guerra en China y él dice “una sola chispa puede encender la pradera.” Aquí pasó algo parecido. La pradera se incendió.

PW: ¿Por qué? ¿Cómo se puede entender que una alza de 30 pesos en el metro, podría producir un estallido social tan grande?

MG: Bueno, es que ahí es interesante. Chile despertó porque los estudiantes dieron la oportunidad de expresarse. Al interrumpir el orden de la ciudad, el orden del transporte, desarticular la ciudad, se abrió una oportunidad, una ventana. Cuando los manifestantes empiezan a expresarse, la segunda consigna que se masificó fue decir “no son 30 pesos, son 30 años.”

PW: ¿Qué quiere decir “son 30 años”?

MG: Treinta años de transición. Toda la transición. Toda la clase política chilena, que ha abonado los últimos 30 años. Entonces eso fue lo que estalló. Yo insisto en que es difícil seguir el fenómeno porque es un fenómeno que operó de manera soterrada, de manera subterránea. O sea, en este sentido yo diría que la desigualdad social y económica en Chile al mismo tiempo hizo crecer la desigualdad cultural, la desigualdad subjetiva, la desigualdad en los lenguajes, en las aspiraciones. O sea, una sociedad construida, aparentemente satisfecha, siempre progresando, con mejores índices.

PW: La imagen de una sociedad “de primer mundo.”

MG: Exactamente, de primer mundo. Poco antes de que estalló todo eso, el Presidente Sebastián Piñera dijo públicamente que Chile era un oasis. Era la idea de que Chile estaba lejos de todos los grandes conflictos. Era un país en paz, que progresa, que no vive los efectos de las guerras, de la violencia y de la inestabilidad, que está progresando, que no tiene episodios de violencia, de crisis, que tiene una economía estable. Esa es la imagen y sobre todo contrastando con situaciones como las del Medio Oriente, las crisis con la migraciones en Europa o la situación de Venezuela. Entonces Chile parece excepcional.

PW: ¿Fue el estallido una sorpresa para ti también?

MG: Sí, claro que sí. Yo me he sentido en una situación muy curiosa porque yo nunca apoyé la forma de la transición chilena. Siempre fui crítico desde su inicio. Teníamos documentos que publicamos en ECO [Educación y Comunicación, una ONG chilena fundada durante la dictadura]ⁱ en el año 1989-90 en que llamábamos la atención sobre los límites de la transición. Después, en los años 90, nosotros continuamos, sobretodo en ECO con trabajos, con dirigentes sociales y siempre teníamos una mirada crítica. Pero nos resultaba muy difícil producir las articulaciones. Era muy difícil transitar de este viejo culto que en Chile habíamos tenido por los partidos políticos, que ya no cumplían ese papel, y por lo tanto confiar en las propias capacidades. Era un proceso bastante largo. Por otra parte, en muchos lugares, yo, como intelectual, quedaba en la condición de ese crítico del pasado, que no *se aggiorna* [se actualiza], que

no entiende las nuevas claves. De la modernización neoliberal chilena incluso la propia universidad se hace parte de estos procesos. Entonces yo era visto como un ave rara, critica, pegada en otra etapa, incluso estoy pensando en ECO cuando hace dos, tres años empezamos y retomamos la reflexión sobre los movimientos sociales. Yo en un momento en unas actividades sostengo que en realidad, frente a la crisis política que vive Chile por la distancia que estableció con la sociedad, la única posibilidad que veo es que la política se recree desde los movimientos sociales.

PW: ¡Qué profeta!

MG: Sí (risas). Pero no tenía ninguna certeza que eso vaya a ocurrir. Insisto que para mí también fue una sorpresa.

¿Movimiento Social o Movimiento de la Sociedad?

PW: Vamos por ahí porque en tu libro, *Estallido social y una Nueva Constitución para Chile* (LOM, 2020), estás entre el concepto de “movimiento social” y la idea de un “movimiento de la sociedad.” ¿Me puede explicar la diferencia entre los dos conceptos?

MG: Sí, es un tema que me empezó a surgir hace muy poco en la última etapa en diciembre, incluso durante las vacaciones de fines de enero. Yo me hice la pregunta varias veces en el proceso de “¿Qué es esto? ¿Cómo nombrar lo que está ocurriendo?” Y era muy difícil, efectivamente. Y en un momento mi primera intuición, más que hipótesis, es decir estamos en medio de una revolución democrática. Pero me parecía mucho decir porque no podíamos todavía predecir si esto se iba a sostener, no se sostenía, qué forma tomarían las provincias, quiénes participarían, en fin. Entonces era una visión muy académica. Por ahora digamos que estamos en un proceso de reactivación democrática. Algo está pasando con la democracia en Chile y parece más activa. Ya la altura de diciembre digo, “Bueno, si esto no es una revolución democrática, se parece mucho a una revolución democrática.” Y por lo tanto yo empiezo a admitir que está ocurriendo algo muy interesante y que compromete a movimientos sociales muy específicos que yo he conocido, como el feminismo, el ambientalismo, el movimiento Mapuche, incluso el movimiento estudiantil, parcialmente los movimientos de trabajadores, muy debilitados a mi juicio. Pero pronto también me empiezo a dar cuenta que hay otros actores que se están implicando, que ya no era la juventud popular de los 80 que protestaba en los barrios, sino que era, por ejemplo, las barras bravas de fútbol. Y eso simplemente lo podía ver, yendo una o dos veces por semana a la Plaza Italia, ahora la Plaza de la Dignidad. Ahí me encontré con las barras y pude verlos manifestarse con una energía sorprendente, con mucha pasión y conviviendo barras enemigas.

PW: ¿Eso fue sorprendente?

MG: Sí. Las antiguas barras de Colo-Colo y la Universidad de Chile, los dos partidos, los dos equipos [de fútbol] más importantes del país, siempre muy enemigos, incluso hasta matándose entre ellos en alguna ocasión. Ahora compartiendo la protesta en la Plaza de la Dignidad, incluso dividiéndose los días, de tal forma que un día puede expresarse más el Colo-Colo y otro día expresarse más La [Universidad de] Chile. Después se empieza configurar esto que se llamaba la Primera Línea en la Plaza de la Dignidad, que son estos jóvenes que hacen como de barrera frente a la policía para que la policía no disuelva las manifestaciones. Y eso antes eran, inicialmente, los jóvenes encapuchados que estaban presentes en muchas manifestaciones. Resulta que acá, en este contexto, ese grupo empieza a crecer y ya no solo son los capucha, sino que también a ese grupo se va metiendo las barras. Se van a integrar los chicos del SENAME (Servicio Nacional de Menores)ⁱⁱ, son los chicos que están en situación irregular de justicia. Empiezan a participar jóvenes de las poblaciones. En los mejores momentos llegó a tener 2 mil, 3 mil, jóvenes digamos confrontando a la policía. Ya no era el grupo de los 10, 15 capuchas que se despegaban de las manifestaciones y confrontaban un poco románticamente a la policía. No, es mayor.

PW: Se están protegiendo.

MG: Claro. Entonces aquí se van a complicar las cosas desde el punto de vista analítico—por un lado, de ver la diversidad de actores, y por otra parte, ver el rechazo consensual de estos actores al sistema político y a los partidos políticos.

PW: Vamos por ahí porque, para mí, lo que pienso más difícil de explicar, dada la historia de Chile, la historia de los partidos políticos y las organizaciones sociales, es que, aquí quizás, hay el movimiento mayor de la historia de Chile, desde abajo. Pero es un movimiento sin partidos, sin organizaciones, sin líderes. ¿Cómo se explica eso? ¿Y qué dimensiones tiene?

MG: Primero, debe tener dimensiones que no terminamos de cuantificar, que todavía está procesando. Pero a mi juicio es de carácter nacional—o sea, estamos ante un movimiento muy extendido con colectivos, con agrupación espontánea, con asociaciones, en fin. Y lo que tiene en común es justamente la distancia con los partidos, con el sistema político. Y eso es lo que me lleva a pensar que estamos probablemente en un movimiento de la sociedad. Pero, ¿qué quiero decir con esto? Yo creo que Chile históricamente ha vivido una tremenda dificultad de articular sociedad civil con Estado. O dicho en lenguaje chileno “lo social” y “lo político.” Lo social y lo político no siempre se han encontrado, sobre todo lo social con lo político, y por lo tanto esta ha sido una dialéctica permanente, y un tema que después, si entramos a conversar sobre la Unidad Popular, lo que quiero reinterpretar un poco es tu tesis

de la “revolución de arriba” y “desde abajo” con estos nuevos conceptos, pensando justamente como esa oposición o esa tensión que ha vivido Chile entre lo social y lo político. Mi reformulación sería que lo social justamente es lo de abajo y lo político es lo que viene desde arriba. Pero dejemos eso.

30 Años de Distancia

PW: Cuando se habla del movimiento, quizás en esos primeros meses, el único grupo, no sé cómo definirlo, que estaba aglutinando fuerzas era la Mesa de Unidad Social.ⁱⁱⁱ Cuéntenos algo de la alza y baja de la organización del estallido social.

MG: De la Unidad Social, lo que pasa es que yo, primero sí reforzando una idea anterior, me parece que, el tema de la relación de la base social con los partidos es un tema que ya está instalado a fin de la Unidad Popular, definitivamente la crisis de la Unidad Popular es una crisis también de representación.

PW: Claro.

MG: En Chile la idea de un partido como proyecto, como encarnación de un proyecto de cambio. Por lo tanto, como la forma más eficiente de representación del mundo social en la política fue muy fuerte. Esta es una idea que se empieza a instalar a principios de siglo, y que se consolida a partir de los 30, con el proceso de democratización del Estado—o sea, de cuando, el Estado aceptó al mundo popular a través de los partidos, los partidos fueron su expresión. En nuestra cultura, el partido encarnaba esa idea de transformación, por lo tanto la política popular suponía el partido. Implicaba el partido. Sin partido no había política popular. Bueno, ese paradigma, a mi juicio, se rompe ya a fines de la UP, por la propia UP, y la dictadura por supuesto termina de derrumbarlo, porque le quita a los partidos toda posibilidad de acción en el campo del Estado. Desaparece el sistema partidario de chileno, como dice [el sociólogo chileno] Manuel Antonio Garretón. Ahí se quebró la columna vertebral del sistema político chileno y yo creo que esa columna tal vez no se restablece nunca más.

En los 80, en la lucha contra la dictadura, cuando creció la protesta social, los partidos buscaron una vez más ocupar ese papel. Y la izquierda lo hizo con perspectiva revolucionaria—del tipo MIR [Movimiento de Izquierda Revolucionaria] y guerra popular o el Frente [Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR], impulsado por el Partido Comunista, con la idea de rebelión popular. Cuando ambas estrategias revolucionarias clásicas, encarnadas en los partidos, colapsaron y fracasaron, vinieron los partidos de centro. Estos partidos de centro buscaron recrear ese rol pero de manera más tradicional, diciendo

“movídense, pero nosotros reformamos, reformamos el Estado y nos hacemos cargo de su demanda al Estado.” Y claro, la transición se configura de ese modo, en el Estado y en los partidos y por lo tanto subordinando toda la energía que venía desde el mundo social y los aprendizajes que habían hecho las organizaciones sociales en dictadura. Todo ese fortalecimiento social civil que inevitablemente generó la dictadura, va a ser subordinado y va a ser domesticado.

PW: Y desmovilizado.

MG: Y desmovilizado, exactamente. Entonces se genera esta transición, estatalista y partidocrática, donde la sociedad no cumple ningún papel significativo, ningún papel relevante, y por lo tanto esta crisis lo que hace evidente es que la sociedad se cansa de esta estrategia estatal escindida la sociedad y llena de privilegios para quienes ejercen los cargos políticos. Entonces la protesta es una protesta contra el Estado. Es una protesta contra la institucionalidad. Pero esa protesta hoy día contra el Estado, contra la institucionalidad, no se hace a través de los partidos, sino que se hace en contra. Por lo tanto, necesita generar sus propias expresiones. En ese sentido digo que es un movimiento de la sociedad, porque es la sociedad, separada del Estado, la que empieza a generar formas de reorganización.

PW: Hablamos de los cabildos y las asambleas, entonces.

MG: Exactamente. La forma en algunos casos es de movimientos sociales, pero en otras directamente, como los cabildos y las asambleas, donde se autoconvoca a la población. En este contexto tú me preguntabas por Unidad Social, que es la vieja estructura, sindical de algún modo, que se fundó en una relación estrecha por los partidos primero. Se ha debilitado fuertemente, o sea la CUT (Central Unitaria de Trabajadores) de hoy no es la CUT (Central Única de Trabajadores) que teníamos en los años 60 o 70.^{iv} No hay ninguna organización sindical que tenga ese poder porque la tasa de sindicalización en Chile es extremadamente baja. Está entre el 12 y el 13 por ciento de la fuerza de trabajo. Entonces, el sindicalismo es muy débil, tiene muchas dificultades para actuar y por lo tanto sus federaciones, confederaciones son débiles también. Pero además, han vivido, y viven todavía, esta implicación con los partidos. Su capacidad de representación es muy menor.

PW: ¿Pero vieron un momento en que el problema con la democracia directa, ese problema de cómo se puede subir hacia nivel nacional? Si no hay partidos, si no hay organizaciones, no hay actores que pueden negociar con el Estado, no?

MG: Exactamente. Pero ese papel que Unidad Social lo pudo haber cumplido no es capaz de hacerlo. Primero, porque no suma mayorías. Segundo, porque siempre mantiene sus diferencias y justamente porque los partidos con los cuales están relacionados son partidos: partidos comunistas,

partidos socialistas. Son partidos que también están perdidos en la crisis, que también han perdido la brújula. Yo escuché a Carlos Montes, un viejo senador del Partido Socialista de hoy, a fines de diciembre, por ahí. Y le preguntan por la situación política del país y justamente si se preveía qué había pasado. Él dice que se ha reunido con un amplio grupo de intelectuales socialistas y que la palabra que recorre en su reunión o su asamblea es “perplejidad.” Están perplejos. Los partidos están amarrados al poder. Se han hecho parte del poder. Por lo tanto, volver sobre sus bases sociales se vuelve dificultoso. Esto coloca un problema, efectivamente complejo porque no está asegurada la forma de representación. Ahora, yo pensaba en estos días que probablemente esto requiera tiempo, y va a requerir mucho tiempo en el sentido que, la representación inevitablemente recoloca el tema del control, del dominio, de la distancia con el bloque social.

PW: Es un punto clave, 30 años de distancia entre la clase política y su base.

MG: Claro. No vamos a generar los liderazgos y las formas de representación que nos van a traicionar mañana. Me da la impresión, yo lo percibo sobre todo en las mujeres, que hay un deseo de que madure esta capacidad de autoorganización, de concebirse como actores políticos, de masificar el movimiento, de poner en valores esas nuevas expresiones como son las asambleas o los colectivos, esta forma de democracia directa. Me parece que por supuesto que esto retrasa una salida política y probablemente no hay salida política de corto plazo. Pero al mismo tiempo, hay que hacer aprendizajes mayores y que esos aprendizajes toman tiempo. En ese sentido yo pensaba también que esto nos pone, como historiadores, el problema de las diferentes temporalidades—de distinguir entre temporalidad social y temporalidad política. La temporalidad social se juega en estos campos, mientras que la temporalidad política exige definición de corto plazo frente a las próximas elecciones, la próxima coyuntura, y en este caso el cambio de la constitución.

PW: Entonces vamos a eso porque surge ese proceso, de cambio de la constitución, como una manera de salir de la crisis de representación.

MG: Claro, que el tema del cambio constitucional es un tema que se planteó desde la época de la dictadura. En los primeros programas de lo que fue la prehistoria de la Concertación, la Alianza Democrática^v incluida, la asamblea constituyente y el cambio de constitución. Se complica el camino de la movilización social en el año 85 cuando se crea el primer Acuerdo Nacional en que empieza a conversar la derecha con la izquierda. Y hay un primer pronunciamiento bajo los auspicios del Obispo Fresno de Santiago—es decir de la iglesia católica, donde por primera vez se elimina del programa de la Alianza Democrática la idea de una asamblea constituyente. Empieza ya a moderarse y a limitarse del

campo las transformaciones profundas, que es lo que después va a tomar forma en el plebiscito de 1988. Entonces el tema de la constitución es abandonado y la Concertación busca reformas permanentemente pero no se propone el cambio constitucional. El tema de la constitución es un tema que queda en algunas declaraciones de partidos pero que quedan en último lugar.

PW: Retóricamente.

MG: Retóricamente, claro. Y en algunos grupos políticos, académicos que insisten o insistimos que esto era condición para producir el cambio. De hecho, yo en la movilización estudiantil del 2011, me di cuenta claramente que el movimiento estudiantil no tenía salida si no había cambio constitucional y por razones muy sencillas: porque el poder del Ejecutivo es tan grande en esta constitución. Es el único que está facultado para presentar proyectos de ley que involucren el presupuesto nacional. Por lo tanto, el 2011, si el Presidente Piñera no enviaba un proyecto de ley que reformara el sistema educativo, no había gratuidad en la educación. Después de Piñera, la Presidenta Bachelet hizo una reforma a medias, pero en realidad es que la iniciativa de ley en ese campo es solo del Ejecutivo.

En este sentido yo creo que también se fue generando una conciencia nacional entre lo subalterno, entre lo marginado, entre la ciudadanía, que no era parte del sistema político, de que si no había un cambio constitucional no iba a haber cambios. La clase política en medio de la crisis percibió esto y por eso es que propone la idea del cambio constitucional, pero fija unos términos de tal naturaleza que le asegura un cierto control sobre esos cambios. Y ese es el problema que se genera a partir del 15 de noviembre de 2019, [cuando los parlamentarios, con excepción del Partido Comunista, se anunció una salida política con “el Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución.”] Hay acuerdo y parece como una victoria en el sentido de que la clase política entendió que tiene que haber cambio institucional pero inmediatamente se generan los mecanismos de control.

PW: Que la clase política va a controlar los cambios.

MG: Exactamente, y que impidan que los cambios sean muy profundos

PW: Sí, eso y además propone un proceso tan extendido. Es difícil de imaginar que un estallido social va a esperar dos años que venga una nueva constitución.

MG: Exactamente. Y ese es el otro tema: que los miembros de la clase política no solo fijan ciertas normas de funcionamiento de esta asamblea constitucional, sino que prescriben esas normas—por ejemplo, que los acuerdos tienen que ser por un quorum de dos tercios y por lo tanto no es la propia asamblea quien define su reglamento, sino que, el viejo parlamento que no quiere cambio. Define cómo

hacer el cambio, pero además, pone un calendario de dos años que permita manejar el tiempo político y establecer controles, paños fríos, asegurar garantías al empresariado que los cambios no van a ser tan profundos. Lo que de momento parecía una gran mayoría por producir el cambio constitucional, se divide y emerge rápidamente un sector que dice “No, los cambios los podemos hacer sin una nueva constitución.” Por lo tanto, comienza a configurarse rápidamente una situación de rechazo, si a eso se suma la actitud del gobierno que no atiende las demandas sociales, lo cual refuerza la movilización y frente a la movilización reprime. Entonces, la represión y cierta inestabilidad o ingobernabilidad se empieza a instalar en el país. Esa misma situación de ingobernabilidad empieza a ser usada en el gobierno como presión para que no se produzca el cambio, y más bien, lo que haya que enfatizar sea el control del orden público. Está lleno de trampas.

La Persistencia de la Protesta

PW: Bueno. Entonces ya estamos diciembre de 2019, y Chile está acercando verano, y todo el mundo está seguro que nada va a pasar. ¿Qué pasa en el verano?

MG: Bueno, eso es muy impresionante porque efectivamente todos admitíamos que bueno, enero, febrero son meses de vacaciones, de descanso. La gente sale de la ciudad, a la playa, para el sur del país. Por lo tanto, aquí no va a pasar nada. Sin embargo, curiosamente la manifestación, se sostiene durante todo el verano, tal vez en algunos casos con menor intensidad, pero, por ejemplo, la Plaza Italia, que ahora fue rebautizada como Plaza de la Dignidad, se mantiene activa y la idea de concentrarse ahí todos los viernes se mantuvo, todos los viernes de enero y febrero.

PW: Es algo.

MG: Sí, ningún viernes, la plaza nunca se abandonó. Eso es muy interesante. Pero se hacen en el verano también evidente esto que conversábamos antes—la diversidad de actores implicados en la protesta. Por un lado, vuelven los estudiantes que habían iniciado el movimiento pero después habían pasado a un segundo plano. Los estudiantes vuelven a la escena política en el verano porque cuestionan el sistema de Prueba de Selección Universitaria (PSU) que existe en Chile, que es un sistema maldito en realidad. Hay consenso entre los propios rectores de la universidad y los propios académicos, y hay acuerdos ya desde hace dos años que tiene que ser modificado, porque es un sistema que mide competencias saberes y que claramente da cuenta simplemente de la desigualdad que existe en el sistema educativo en Chile. Las personas que vienen de colegios pagados con buena situación económica obtienen muy buenos puntajes, y los que vienen de la educación pública, de colegios pobre y barrios

pobres, obtienen muy malos puntajes. La situación es extrema en el sentido que el 30 por ciento de los que vienen de las clases medias y acomodados ingresan por esa vía a la universidad y el 70 por ciento de los que vienen de colegios pobres no ingresa a la universidad porque ni siquiera alcanza el puntaje mínimo. En el caso de Santiago es que colegios de comunas enteras están fuera del sistema universitario. Entonces empieza con los estudiantes un movimiento de boicot de la PSU. Los estudiantes mantuvieron en vilo a la sociedad, porque estaban en las noticias todos los días con sus manifestaciones.

Además empiezan a producirse manifestaciones en los estadios de fútbol, con las barras bravas. En el estadio Colo-Colo, que es uno de los equipos más populares del país, con su galería de su 20 mil, 30 mil hinchas, gritan a todas luces que “Piñera es asesino igual que Pinochet” y esto pues llega hasta el Festival Internacional de la Canción de Viña del Mar en febrero de 2020. La policía reprime y en las represiones a fines de enero mueren dos barristas. Uno atropellado por un carro policial a la salida del estadio Colo-Colo y otro en una manifestación que se da en Padre Hurtado, una comuna del poniente de Santiago. Entonces los estudiantes y los jóvenes del fútbol, se convierten en enemigos del régimen o parte de esta guerra que Piñera le declaró en octubre de 2019 al pueblo de Chile. Esto hace que el verano siga agitado. Todo el verano con manifestaciones. Tal vez no con la misma continuidad pero se mantuvieron, y involucraron sobre todo, otro elemento que no hemos conversado: mucha gente joven. Es decir, dentro de todos los nuevos movimientos y movimientos sociales ha sido un actor central la juventud, jóvenes pobladores, jóvenes barristas, jóvenes feministas, jóvenes ambientalistas, jóvenes estudiantes. Es decir, jóvenes es el denominador común.

PW: Sí, ha sido generacional.

MG: Sí, exactamente, hay un componente generacional, sin duda. Yo vivo en un barrio de clase media, que es la Plaza Ñuñoa. Fue un lugar donde parecido a Plaza Italia, la plaza estaba llena todos los días. Yo fui tres, cuatro veces y siempre con mi compañera nos sentíamos viejos. Era evidente que se podía contar con las manos las personas mayores de 50 años o 60 años. El resto eran jóvenes, y jóvenes adolescentes de 14, 15 años hasta los 30, digamos. Y por lo tanto, en la plaza había mucha música, mucho arte, mucha expresión.

PW: Bueno con eso llegamos a ayer, el 8 de marzo de 2020, [el Día Internacional de la Mujer]. La marcha convocada por la Coordinadora Feminista 8M alcanzó a dos millones de manifestantes en las calles de Santiago según las organizadoras. Me acuerdo que tú estabas diciendo que si eso no era la manifestación más grande, está dentro de las más grandes. ¿Cómo se explica el tamaño de ese? ¿Y, cómo se entiende lo que tú tienes escrito sobre la protesta como algo “anunciada”?

MG: “Crónicas de una revuelta anunciada,” sí. Yo creo que primero está el impacto del feminismo en la sociedad chilena que por supuesto tiene historia, pero que empezó a ser visible hace ya 3 años aproximadamente. Las primeras manifestaciones fueron en el campo universitario, cuando se empiezan a denunciar abusos, o acosos sexuales, y se empieza a pedir una regulación, un protocolo a la universidad al respecto. Eso alcanzo cierto impacto pero muy en las clase media. Derivó en mayo del 2018 con denuncias más fuertes en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, y se inicia un movimiento de tomas feministas, de toma de universidades, 16 universidades fueron ocupadas.

PW: Te refieres al llamado “El mayo feminista,” no?

MG: Sí, el mayo feminista, en mayo del 2018. Las feministas además salen a la calle, había salido el movimiento estudiantil de 2011, por miles, y por lo tanto esto cobra forma. Tiene expresión pública y también tiene algo sorprendente en el sentido de la toma de posesión, sobre todo en las mujeres jóvenes, de su forma de expresión que esto también se venía modificando desde el 2011, el recurso de la performance, la expresión de arte, a la batucada, a la estética de la manifestación y de nuevo sin partido, sin banderas partidarias.

PW: Y todo el mundo está cantando “Un violador en tu camino,” una performance participativa creada por Las Tesis, [un colectivo feminista de Valparaíso, y ensayada por primera vez el 25 de noviembre de 2019 para el Día Internacional Contra la Violencia de Género].

MG: Yo creo que la performance de Las Tesis reforzó la posición de opresión, de víctima de la mujer, pero al mismo tiempo denunciado que el violador, o el que, el perpetrador de la violencia eres tú, son los hombres y, en particular, el Estado. Ahí hace el salto político al Estado patriarcal. Las Tesis está trabajando en distintos planos. También creo que el feminismo tiene un carácter latinoamericano evidentemente. Las movilizaciones en Argentina por el aborto, las movilizaciones de las brasileñas frente al Presidente Jair Bolsonaro—toda esa movilización impactan en Chile, y se empiezan a generar redes y intercambios. Hay mujeres que viajan de un lugar a otro. A mi juicio, en esta etapa, en este feminismo aparece mucha fuerza teórica y política en el sentido de que hay enfoques nuevos, lenguaje y están expresándose. Ya no es el tema de la igualdad sino que es el tema del patriarcado, el tema del poder, el tema de las estéticas, el tema de las formas de relación, el tema de las formas económicas y la explotación del cuerpo, es el lugar de la mujer en la sociedad. Es decir, hay un conjunto de categorías, propuestas, discursos, lenguajes que van impactando a la sociedad. Curiosamente esto es visto como un movimiento muy de clase media, y hay una crítica en 2018 si esto va a ser capaz de permear o no el campo popular. Y la impresión que tengo es que en sectores populares sobre todo en mujeres mayores, esas mujeres estaban

felices y se sentían tremendamente expresadas, expresadas en el movimiento. Hay una especie de solidaridad social que es muy interesante.

PW: Y ¿por qué había tan pocos hombres en la marcha?

MG: Aquí están las disputas en el feminismo. En la convocatoria habían fuertes tendencias separatistas, que los hombres se queden en la casa, que cuiden los niños, que faciliten la posibilidad de expresión de las mujeres. Pero no están explícitamente invitados. Por eso que nosotros que participamos juntos en la marcha este domingo, teníamos que “ser piolas”, teníamos que ir por los bordes porque en realidad esta es una marcha de las mujeres. Yo creo que el separatismo es necesario, refuerza al movimiento, refuerza su lógica identitaria. Pero claro que no es tan eficiente cuando tratas de hacerte parte de la política nacional. En propuestas nacionales, necesitas alianzas.

PW: Vamos hacia atrás. ¿Cómo se diferencia lo que está pasando ayer con lo que está pasando con la organización anti-Allende, Poder Femenino, durante la época de la Unidad Popular?

MG: Bueno, aquí podemos intervenir ambos porque también conoces toda esta historia. Yo creo que la izquierda chilena, marxista clásica, muy centrada en la clase obrera, muy centrada en el campo de la explotación y por lo tanto en la clase de vida de los campesinos, no le daba un lugar claro a las mujeres.

PW: Claro, porque esa interpretación dice que solo hay que tener análisis de clase, no de género.

MG: Claro, exactamente, no hay. El género no está instalado como categoría, es la clase. Y esto es tan radical, que yo siempre digo a mis estudiantes que en el himno de la CUT empieza diciendo algo así como, "Aquí va la clase, querida compañera, querida compañera" y termina diciendo que "Si yo muero en la lucha, mi lugar los tomas tú." Es decir, el lugar de las mujeres es secundario, los protagonistas somos los hombres obreros. Yo creo que al UP le costó entender, si bien tuvo una base popular de mujeres que apoyó a Allende.

Diálogos entre el Pasado y Presente: Desde la Unidad Popular al Estallido Social

PW: Entramos entonces en esta segunda fase de la entrevista, que ya no será entrevista sino más bien una conversación, sobre la Unidad Popular 50 años después de su elección en 1970. Hemos hablado mucho de las protestas de los últimos meses. Pero también tenemos memorias de lo que eran manifestaciones y marchas en masa durante la época de la Unidad Popular. ¿Cómo distinguir entre las manifestaciones de la Unidad Popular y las protestas de ahora?

MG: Hay una parte del fenómeno que tiene que ver con la presencia de la sociedad pero particularmente la presencia de lo popular, de la sociedad civil popular. La UP tenía el componente popular, pero está al centro el sujeto en la clase, en la clase obrera y campesina, los pobres de la ciudad, los pobladores. En este sentido este movimiento actual, del estallido social, es mucho más heterogéneo y tiene un vínculo que quizás en la UP estaba, pero no con la presencia que tienen hoy las clases medias. Este movimiento ciudadano tiene una presencia mucho mayor de la clase media, que es muy interesante porque fue justamente el factor de mayor debilidad de la UP. Por donde la derecha logra generar una especie de movimiento social anti-UP, anti-socialista, yo creo que hoy día estamos en ese sentido en una situación un poco distinta. Pero este copamiento de las calles a mí, ya con los estudiantes del 2011, me trajo muy fuertemente a la memoria a la Unidad Popular. Esta profecía de Allende [en su último discurso] que “más temprano que tarde, se abrirán las anchas alamedas” tal vez ahí podríamos conectar con la UP. Yo leía un texto de Steve Stern que fue de trabajo sobre transiciones y memorias. Escribe que cuando Allende dice “la historia la hacen los pueblos,” de algún modo él estaría resolviendo sus propias tensiones y contradicciones internas, por ser un hombre de Estado, pero que tiene una lealtad enorme con el pueblo y que en ese momento crítico, al final de su vida, apela al pueblo como un sujeto.

PW: Sí, pero no pide que el pueblo salga para defenderle. Al contrario.

MG: Exactamente.

PW: Al final de cuentas era marxista pero no leninista. Creo que Allende estaba muy consciente de lo que pasó con José Balmaceda, que me dijo que Balmaceda fue su presidente favorito. No quisiera tampoco desatar una guerra civil. Una parte está hablando como marxista, como algo internacional. Y hay una parte de Allende que es, el presidente muy chileno, que está más involucrado con la historia de Chile, en este caso de Balmaceda. Por eso yo siempre he dicho que, en Chile, para Allende, mirando por atrás a Balmaceda, el suicidio político tenía otra índole. Yo tuve una entrevista bastante larga con Allende, un año antes de su muerte. Para Allende, su objetivo era primero de evitar el masacre del pueblo y segundo, prevenir o hacerlo imposible para que Pinochet tome el poder con legitimidad. Él sabía que la única manera era el sacrificio de su propia vida. Pero estoy mejor conocido como historiador de “los de abajo.” Tengo entendido que tú estás pensando en esa dinámica, entre lo de abajo y lo de arriba, también, no solamente mirando por detrás a la UP pero también mirando al presente. ¿Me puede explicar tus ideas al respecto?

MG: Sí, creo que tu propuesta, digamos, de que en Chile convivían dos revoluciones es muy pertinente. O sea, yo creo que es una mirada muy aguda de lo que podríamos llamar el “Chile Social” y el

“Chile Estatal.” Esta metáfora, en ese sentido de que en realidad en Chile esa tensión entre el Estado y la sociedad ha sido permanente y fue particularmente presente con la sociedad popular en el siglo veinte. Si bien el estado se democratizó, puso siempre límites a la clase popular, y a partir de esta lectura que yo hago, digo que la UP expresaría esta tensión que hay entre lo social y lo político, entre la sociedad civil y el Estado y lo que podríamos decir entre los de abajo y los de arriba en cierto sentido. Esta tensión es recurrente en Chile y el problema no se resuelve solo en el Estado. Dicho de otra manera, necesitaba resolverse en el Estado, abriendo más espacio al mundo social, abriendo más espacio a los de abajo.

Pero el problema de la UP, a mi juicio, tiene que ver con que la UP partía de un diagnóstico de que el desarrollo democrático del Estado de Chile era sobresaliente y estaba por sobre la media de los estados latinoamericanos. Por lo tanto, el cambio había que hacerlo en la base socioeconómica, una especie también de marxismo que dice los cambios económicos son los que finalmente producen las transformaciones porque tienen efecto por sobre las súper estructuras. Entonces esa noción está muy fuerte. Incluso Allende, tratando de diferenciarse, decía “Yo voy a hacer esa transformación económica que el Frente Popular [de 1938-1941] no hizo.” Pero el punto es que la UP inicia la transformación socioeconómica y su oponente se hacen fuerte en el Estado, y desde el Estado se oponen a las transformaciones socioeconómicas. El problema de la UP no era solo la transformación socioeconómica; necesitaba también transformar el Estado. Necesitaba vencer la ilusión democrática con la cual se había forjado pensando que el Estado era algo suficientemente democrático. No, no era algo suficiente democrático, e incluso en medio del conflicto la burguesía y la clase media se hacía fuerte en el Estado, en el parlamento, en la Contraloría, en los tribunales de justicia y finalmente en el aparato con mejor sitio del Estado en el ejército, y la marina, digamos en las Fuerzas Armadas. De ahí destruyen ese viejo Estado.

Mirando la UP a 50 años, la experiencia de hoy, en que la disputa está mucho más fuerte instalada entre la sociedad y el Estado, la UP no terminó de resolver bien el problema del Estado, y en ese sentido la idea de una asamblea única que era parte del programa pero ocupaba un lugar menor, que se pudo impulsar después en abril del año 71 que por primera la izquierda fue mayoría, no se hizo a tiempo y no hacerlo fue un error estratégico fundamental, porque en el fondo, después la UP no tenía cómo mantener la conquistas populares en el propio Estado. Ese Estado iba a estar apropiado por la burguesía y destruido por la propia burguesía para generar otro Estado ya directamente opuesto a la sociedad, opuesto a la clase popular.

PW: Pero en este caso el error del UP era la interpretación de su situación. Es decir, pensaba en abril del 71 que su victoria en las elecciones municipales, que fue muy estrecha, era un primer paso hacia

una dominación electoral o una mayoría electoral que pudiera, dentro de poco tiempo, algunos meses, resultó en una mayoría en un plebiscito que cambió el Estado.

MG: Claro, pero la historia mostró que fue un error.

PW: Pero en ese momento no pareció como un error, incluso dentro de la Democracia Cristiana. Radomiro Tomic [candidato presidencial de la DC en 1970] estaba pensando que ese sería el futuro y tendría que tratar con la UP. Se puede decir que el error de la UP fue de no aceptar la oferta de Tomic de una alianza de “todas las izquierdas”—es decir la izquierda cristiana y la izquierda marxista—aunque no fue nada probado que Tomic pudiera convencer a su partido de hacerlo.

Pero vamos por otro lado. Volviendo a lo que hemos estado hablando, el tema de lo que es realmente la democracia en términos de los movimientos de hoy, los cabildos, las asambleas, etc. ¿Cómo tiene que ver ese punto comparativo con la democracia de Ex Yarur [la primera empresa que fue socializado por sus propios trabajadores bajo la UP y la primera fábrica para iniciar la co-participación de los trabajadores en la gestión de su empresa], por ejemplo, o de la democracia de la Nueva Habana, [un campamento auto-gobernado en Santiago fundado en 1970 y asociado con la acción del MIR en el movimiento de pobladores]?^{vi}

MG: Ahí es donde yo me planteo que la debilidad política de la UP, su incapacidad de afectar al Estado, le impidió poner en valor estas experiencias democráticas de base. Yo recuerdo mucho una entrevista con gente de Nueva Habana que ya con muchos años y con distancia me dijo, “Yo no sé si el MIR sabía todo lo que nosotros hacíamos acá, porque el MIR puso mucho interés en los pobladores, pero en una fase posterior, por sus definiciones doctrinarias, se tenía que encontrar más con la clase obrera. Entonces, prestó menos atención al movimiento poblacional.” Y me dijo por otra parte: “Nosotros lo que hacíamos, lo hacíamos porque no había represión, porque teníamos la libertad para hacerlo, entonces estábamos inventando, lo estábamos inventando todo y pensando cómo íbamos a hacer las guarderías infantiles, que las mujeres trabajan, de cómo íbamos a concientizar ese pueblo, como se expandía la cultura, como funcionaban las asambleas.” Incluso en otra oportunidad me decía, “El tema dirigente, el tema de las milicias, sí era un tema del dirigente, el Mickey [Alejandro Villalobos, líder del MIR en Nueva Habana en los años 70], pero, no era el tema fundamental. Nuestro tema fundamental era social, cultural, económica. Esa era nuestra preocupación, en eso estábamos.” Yo creo que el caso de Yarur, que tú conoces mucho mejor, la experiencia de los trabajadores es que, tomaban el control sobre la producción, la tecnología, las precisiones, a quién vender, cuánto vender, qué, cuándo—las preguntas básicas de la economía las empezaron a tomar ellos mismos.

PW: Sí, pero dentro de las líneas de estructuras que ellos aceptaron. Hoy día no hay una herencia de estructuras.

MG: Exacto.

PW: Y entonces justamente el problema de que ya habíamos hablado ¿Cómo se va desde el local al nacional? Había algo de eso en la época de Unidad Popular, pero había partidos con influencia y con experiencia.

MG: Sí, claro, pero ahí de nuevo aparece el tema que hoy día está en crisis, que en esa etapa el partido parecía contener todas las respuestas, pero en rigor, no tenía todas las respuestas.

PW: Tienes razón.

MG: Mi mayor nostalgia de la UP, por decirlo de alguna manera, es que sin duda constituye el periodo más democrático de toda la historia de Chile, el periodo más movilizador, el periodo de mayores transformaciones, el mayor presencia del pueblo, la sociedad. Pero la pregunta que me rondó por mucho tiempo es ¿Por qué la Unidad Popular no fue capaz de de—no quiero usar el término "consolidar" porque tiene la carga de la época—pero ¿De haber reforzado, avalado, dado más legitimidad? E incluso a muchas de esas transformaciones, que se estaban desarrollando en los barrios, que se estaban desarrollando en las fábricas que ponemos un ejemplo, el movimiento de pobladores es muy activo. Tiene una experiencia de democracia, de acción directa enorme. Sin embargo, Chile nunca pensó en su época en modificar la estructura municipal, que le permitiera el autogobierno de los territorios. La noción del territorio no está en la izquierda porque está presa la noción de clase que viene del campo de la producción, no del campo de la sociabilidad, ni el campo del habitar, que yo creo que ese sí es un tema inexcusable. De hecho, en esta fase actual, en las asambleas territoriales lo que están afirmando es el territorio como lugar de ejercicio de la soberanía, la soberanía parte de territorio, y en el caso de América Latina y Chile particularmente con una cantidad enorme de pobres que no forman parte del aparato productivo clásico, y que son más que marginales. Ellos son la mayoría a veces de nuestros pueblos. La noción de clase se constituye más territorialmente que en las fábricas. Es en la población y no en el sindicato. Por lo tanto, la UP está en ese sentido deficitaria de teoría social y política para procesar ese tipo de experiencias. Esa es mi nostalgia que quizás en un momento en que se pudiera haber avanzado mucho más, no sé si evitado el golpe... Las revoluciones quizás no son solo del momento, el salto de poder, las revoluciones son procesos más largos.

PW: Así es.

MG: Por lo tanto, la noción de tiempo en la UP está restringida, está limitada. Es de corto plazo, mientras los plazos de los políticos chilenos son siempre plazos electorales. No son plazos sociales y de ahí de nuevo entramos en el tema de las temporalidades. Hoy día las temporalidades son evidentes, visiblemente distinto entre el campo social y el campo político.

PW: Sí, tienes razón. Al mismo tiempo Allende confió demasiado, primero en sus propios capacidades y segundo, en Carlos Prats.^{vii} En Chile de aquella época, hay ciertas situaciones y luchas de clase que ningún político, no importa su muñeco, puede controlar.

MG: Exacto, pero volviendo ahora sobre el proyecto mismo de la Unidad Popular y la experiencia de esos años. Tú estudiaste la fábrica Yarur, el “primer territorio libre de explotación” durante la UP. Pudiste ver el mundo de los trabajadores chilenos de esa época. ¿Cómo los miras ahora?

PW: Sí, tenía ese sentido de avance que todo fue posible, que gracias a la revolución, pero me acuerdo una conversación después del golpe y uno de los líderes comunistas me dijo, si él hubiera pensado que Allende iba a llevar hacia la guerra civil nunca hubiera votado por Allende. Entonces creo que, estamos hablando de revolucionarios, por un lado y por otro lado, chilenos que recién moviéndose hacia la izquierda, estaban en esa situación que nunca imaginaron y dentro de esa situación estaban tratando de, como dijo E.P. Thompson, dibujar sus propias vidas pero no unas condiciones que ellos podían construir.

MG: Claro, pero en este sentido, y justamente apelando a Thompson, yo creo que la UP en el caso de las empresas nacionalizadas o basadas en la propiedad social, los campamentos, incluso las universidades, se abría esta ventana. Se abría esta posibilidad histórica de una construcción social que partiera de las bases mismas. Yo creo que ese es el carácter más revolucionario de la UP, que no es solo una nacionalización del cobre, de los bancos, del comercio exterior, sino que esto que crea un campo de oportunidades, usando el lenguaje de la teoría de la acción colectiva. Este campo de oportunidades políticas, para los sectores populares que pueden tomar el destino en sus propias manos. Yo creo que la pregunta de hoy de este movimiento ciudadano, este movimiento de la sociedad civil que rechaza el Estado y los partidos, es la misma pregunta: queremos tomar el destino de nuestra sociedad en nuestras propias manos. O sea, si hay democracia es porque podemos decidir sobre nuestro destino. Y podemos decidirlo socialmente. En todas las asambleas que he ido en los territorios, esa es la pregunta fundamental. Esa es la inspiración fundamental: aquí vamos a discutir un programa de derechos humanos, vamos a discutir un programa de desarrollo económico, vamos a discutir sobre feminismo, vamos a discutir sobre los pueblos originarios, y queremos que se tome en cuenta lo que nosotros estamos

pensando. Cuando se produce el acuerdo el 15 de noviembre de 2019 en el congreso chileno no tiene cuenta ese proceso. Esto genera mayor malestar y por eso continúan las movilizaciones.

Esa inspiración de base está muy presente en la UP también. Yo recuerdo una conferencia de prensa de Miguel Enríquez [dirigente del MIR en los años 70] después de unos sucesos en Lo Hermida donde hay una represión contra pobladores por parte del gobierno, fue uno de las pocas ocasiones durante la UP.^{viii} Miguel frente a las preguntas por los periodistas sobre su crítica a la Unidad Popular dice, “No, no estamos contra la Unidad Popular. Lo que nosotros estamos pensando es que este pueblo pueda efectivamente decidir por sí mismo, que delibere en sus asambleas, que sus decisiones sean respetadas.”^{ix} Ahí había una inspiración revolucionaria que se conecta con esta tradición popular chilena de querer tomar su destino en sus propias manos, pero claro, no termina siendo la dominante.

PW: Cuando estuve haciendo investigación para mi libro, *La revolución chilena* (LOM, 2013), me acuerdo una conversación con algunos líderes del movimiento estudiantil de 2011 y les pregunté: “¿Cuál fue la herencia del UP para ellos?” ¿Que si para ellos era relevante? Su respuesta era: “No se puede hacer nada sin el pueblo.” Así es una línea que sigue, una línea vertebral que viene desde el pasado.

MG: Así es. En este sentido, cuando uno revisa los discursos de Allende, sus actuaciones públicas, él vive en esta tensión permanente, de ser un hombre de Estado, formado en el Estado, pero que sabe que tanto su victoria electoral, como la posibilidad de transformación, dependen del apoyo y desarrollo del propio pueblo. Ahora esa es una tensión no resuelta en su vida. Está atrapado en una tragedia.

PW: Sí, está resuelta sólo en su muerte. Su sacrificio, que él habla de su sacrificio, es no solamente un sacrificio para el pueblo, sino también una forma de resolver sus contradicciones con el pueblo.

MG: Exactamente, lo resuelve en su muerte, y eso es lo que lo engrandece como figura. En ese sentido yo he pensado en las nociones de contingencia, en el sentido que aquello que no resolvimos en la UP. Y que no hemos resuelto, porque la UP no termina de ser un objeto de análisis crítico, de la izquierda chilena. Nos sigue acompañando como pesadilla. Karl Marx hablaba de eso en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852) que los muertos nos persiguen como pesadilla. Claro, a nosotros también nos persiguen mientras no hagamos la lectura crítica sobre los resultados de la UP y nos respaldamos en la pregunta de ¿Porque la UP es derrotada? ¿Cuál es la causa de su derrota? Y las respuestas son simplistas: porque la UP no tuvo aparatos. No tuvo logística militar. Era insuficiente. Claro que era un problema lo militar, pero no resuelve el problema político de fondo. A mí me parece que con el movimiento actual sí

hay líneas de continuidad y recoloca viejos problemas de la sociedad chilena. Mientras no le demos la cara esos problemas, no vamos a tener izquierda, que es otra dificultad.

PW: Hoy día, ¿cuáles son los problemas más importantes que tú ves?

MG: Yo creo que el problema más importante es primero, el que hemos estado discutiendo: el valor de la sociedad civil como protagonista, como actor de la acción política. Eso pone una visión ampliada de lo político, con capacidad de enfrentar problemas colectivos, de definir problemas políticos, con autonomía de los partidos con cierta autonomía incluso del Estado. Pero al mismo tiempo siento que es necesario una reforma del Estado que permita que esos procesos de la sociedad civil tengan reconocimiento socio-estatal. Entonces me imagino gobiernos locales democráticos. Me imagino formas de presencia de los trabajadores de sus empresas. Y por lo tanto repensar toda la legislación laboral y sindical que permite que los trabajadores se vuelvan a organizar. Me imagino co-gobiernos universitarios efectivos. O sea, me imagino distintas formas en que la democracia tiene expresión social y no es puramente formal e institucional, que constituye una experiencia de vida para la sociedad, que sea reconocida y valorada por la propia sociedad. Yo creo que necesitamos un co-gobierno universitario y necesitamos gobiernos locales democráticos que no solo elijan representantes y alcaldes sino que reconozcan espacios de las propias organizaciones en la sociedad civil.

PW: ¿Son los cabildos y las asambleas las organizaciones de la sociedad civil que tengan mayores posibilidades?

MG: Están abriéndose campo, pero es un campo que todavía hay que constituir. He vivido como sentimientos encontrados participando en las asambleas en el sentido que a veces veo que estos problemas aparecen, estas ideas se van constituyendo, pero también es un proceso de aprendizaje porque no se sabe mucho. ¿Cómo esto se puede completar esta mayor capacidad de decisión en el territorio? Hay que entrar a la estructura municipal. Es toda la estructura municipal chilena que le da la dictadura. Hay que revisarla por completo. Y hay que redefinir cómo la sociedad territorial participa en los gobiernos locales. Lo otro que agregaría es que a propósito de 50 años, hay algunas iniciativas en curso, incluso algunas coordinaciones. Van a haber seminarios, algunos encuentros, que parecen interesante en el sentido de que la UP fue tan demonizada, tan satanizada por la dictadura, por tantos años sin derecho a defensa, que la UP aparece en gran parte de la población como sinónimo de desastre, sinónimo de crisis, sinónimo de caos. Toda esta construcción lingüística cultural que hizo la dictadura pesa todavía en la sociedad. Por lo tanto, las posibilidades de abrir espacios donde se le ponga nombre a lo vivido, se reconozca su valor, se analicen sus límites, es la posibilidad de una sociedad como la chilena se reencuentre con su propio pasado.

Lo que haga el estado chileno también implica repensar el pasado histórico reciente y el pasado anterior al golpe de estado

PW: Sí, estoy de acuerdo y que también, para mí, la UP debiera ser mirado como algo positivo. Es decir, que hay algo que dice que comprueba, como el caso de Yarur que, fueron capaces los trabajadores chilenos imaginar un mundo mejor, e incluso de actuarlo dentro de sus propias posibilidades.

MG: Así es. Quedémonos acá.

Posdata

MG: El plebiscito, programada para el 19 abril de 2020, producto de la pandemia debió ser postergado para el 25 de octubre de 2020. Nadie imaginaba, en los primeros días de marzo, el impacto que alcanzaría el coronavirus y muy pronto, el 18 de marzo fue declarado el estado de emergencia nacional, con toque de queda incluido, que nos acompaña hasta hoy. Ha sido un año difícil no solo por la crisis sanitaria, sino que por la crisis económica que inevitablemente se instaló en pocas semanas, como producto del confinamiento social y las cuarentanas obligatorias. El hambre se instaló en los barrios pobres y el gobierno debió mejorar sus débiles planes iniciales para enfrenar la emergencia. En los barrios, por su parte, se expandió la solidaridad y surgieron cientos de “Ollas Comunes”, estimuladas por la consigna “El pueblo ayuda al pueblo”.

Con algunos grados de incertidumbre sobre la posibilidad de volver a postergar la fecha del plebiscito, éste finalmente se realizó el 25 de octubre de 2020, con un resultado arrollador y contundente: el 78,27% de los votantes aprobó poner fin a la Constitución heredada de la dictadura, y el 78.99% que la nueva Constitución fuera elaborada por una Convención Constitucional con todos sus miembros elegidos.

En las coordenadas del tiempo, un histórico acontecimiento que abre una nueva etapa en la historia de Chile y en las luchas populares. Simbólicamente se cierra el ciclo de la dictadura y sus herencias y se abre un nuevo ciclo con inéditos desafíos para democratizar la sociedad chilena.

Sin embargo, más allá del legítimo derecho a la fiesta y la celebración que recorrió las calles, avenidas y plazas chilenas, la noche del 25 de octubre, la ciudadanía no se engaña. El Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución del 15 de noviembre de 2019, que hizo posible el plebiscito, contenía también los mecanismos de control de la clase política sobre el proceso constituyente, y más precisamente aún, sobre el ejercicio de la soberanía popular.

PW: De acuerdo, Mario. A pesar de la victoria abrumadora del pueblo en el plebiscito, el camino hacia una nueva constitución es largo y sinuoso, cruzado con elecciones de todo tipo y con el peligro que la misma clase política, rechazada en el plebiscito, está en la mejor posición para dominar la Convención a través de las elecciones de los miembros/os de la Convención en mayo de 2021.

El peor peligro es que la derecha está mejor organizada para dominar esa votación que la izquierda, y que con muchos candidatos compitiendo y pocos escaños, los candidatos con nombres reconocidos van a triunfar. Además, la regla que todo tiene que estar votado por los dos tercios es una receta para minimizar los cambios. Lo que más probable es una constitución que un analista llamó “un árbol de navidad,” con “un regalo” para cada grupo para que voten a favor de la constitución, dejando al Tribunal Constitucional la tarea y el poder de elegir entre los principios contradictorios que la Convención Constitucional aprobó. Entonces mucho depende de la lucha del pueblo contra la cooptación política y la elección de líderes desde la base dispuestos a llevar los sueños y las expectativas del pueblo a los salones de la Convención Constitucional.

MG: De este modo, transitar hacia un efectivo proceso constituyente, de expresión genuina y democrática de la soberanía popular, es un desafío de gran envergadura que implicará moverse en distintos campos y escenarios, entre los cuales, parece necesario reconocer al menos tres de ellos: a) el de los contenidos de la nueva Constitución; b) el de los mecanismos que aseguren la participación popular y ciudadana; y, c) el de la movilización y las articulaciones que mantengan vivas las demandas de corto y largo plazo del movimiento social y ciudadano que se inició con el estallido social de 2019.

ⁱ ECO es una ONG chilena de profesionales de las ciencias sociales, la educación y las comunicaciones que nació como un Centro de Cultura Popular, “institución de apoyo” al movimiento popular, en 1980. Mario Garcés ha trabajado en ECO durante décadas y actualmente se desempeña como director.

ⁱⁱ La dictadura cívico militar estableció el Servicio Nacional de Menores (SENAME) en 1979 como parte de la reorganización del estado. Los periodistas han revelado que 1.313 niños bajo tutela del Estado murieron entre 2005 y 2016, muchos de ellos como resultado de abuso y negligencia en hogares administrados por SENAME. Junto con los nuevos informes sobre el maltrato y abuso sexual de niños bajo el cuidado del SENAME, la indignación pública llevó a algunos a denunciar al Estado chileno por abusar sistemáticamente los derechos humanos de los niños bajo su tutela. Tanto los menores que actualmente se atienden en la red del SENAME como los que han pasado por ella participaron en las protestas a partir de octubre de 2019 y se cuentan de manera desproporcionada entre los detenidos y abusados por las fuerzas estatales.

Véase Nicolás Sepúlveda y Juan Andrés Guzmán, “El brutal informe de la PDI sobre abusos en el Sename que permaneció oculto desde diciembre”, CIPER Chile (2 de julio de 2019). <https://www.ciperchile.cl/2019/07/02/el-brutal-informe-de-la-pdi-sobre-abusos-en-el-sename-que-permanecio-oculto-desde-diciembre/>; Catalina Albert y Claudia Urquieta Ch., “Menores del Sename denuncian abuso policial: lesiones oculares, tocaciones, amenazas de fusilamiento y golpizas”, CIPER Chile (11 de noviembre de 2019). <https://www.ciperchile.cl/2019/11/15/menores-del-sename-denuncian-abuso-policial-lesiones-oculares-tocaciones-amenazas-de-fusilamiento-y-golpizas/>

ⁱⁱⁱ Fundado en agosto de 2019, Unidad Social es una coalición de organizaciones sociales y movimientos sociales. En los primeros meses del estallido social, fue la única organización que intentó unir las demandas del movimiento, incluido el llamado a crear cabildos en todo el país y, a fines de noviembre de 2019, para una huelga nacional. Para más información sobre Unidad Social, véanse el ensayo de Romina Green-Rioja en este número especial y su sitio de web: <https://www.unidadsocial.cl/>

^{iv} Fundada en 1953 por el activista laboral chileno Clotario Blest, la CUT se convirtió en la organización laboral nacional más poderosa de Chile. Fue reprimida tras el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Aunque fue refundada en 1988 como la Central Unitaria de Trabajadores, la CUT nunca ha recuperado su prominencia y poder de convocatoria en gran parte debido al código laboral restrictivo, implementado por el régimen militar.

^v La Alianza Democrática fue una coalición política que agrupaba partidos opositores a la dictadura militar entre 1983 y 1988. Posteriormente integró al Comando Nacional por el 'No' para el plebiscito de 1988.

^{vi} Boris Cofre, *Campamento Nueva La Habana: El MIR y el movimiento de pobladores, 1970-1973* (Concepción: Ediciones Escaparate, 2007).

^{vii} Carlos Prats fue comandante en jefe del Ejército de Chile, nombrado por Presidente Eduardo Frei en 1970 tras el asesinato de su antecesor, el general René Schneider por elementos paramilitares de la derecha. Como parte de la negociación de poner fin al paro patronal de octubre de 1972, Presidente Allende nombró a Prats como ministro del Interior en noviembre de 1972, posteriormente Prats desempeñó otros cargos en el Gobierno de Salvador Allende, incluyendo ministro de Defensa y Vice-Presidente de la República. Su renuncia en agosto de 1973 abrió el camino para nombrar a Augusto Pinochet como comandante en jefe del Ejército. Tras el golpe de estado en septiembre de 1973, Prats salió al exilio en Argentina junto con su esposa Sofía Cuthbert. Ambos son asesinados por agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) en septiembre de 1974 en Buenos Aires.

^{viii} El 5 de agosto de 1972, pobladores en la población Lo Hermida, en las afueras de Santiago, se enfrentaron con los Carabineros de Chile, una confrontación que dejó muerto un poblador y varios heridos.

^{ix} MIR, *Lo Hermida: La cara más fea del reformismo* (Santiago: Ediciones El Rebelde, 1972).